

AL PRINCIPIO FUE EL AMOR

LA VIDA COTIDIANA AUTENTICA

La telenovela «Amores de fin de siglo» nos sugiere una mirada distinta sobre nuestra sociedad. Sin obviar la oscuridad y la incertidumbre del futuro económico y político, esta telenovela nos muestra la intensidad de la vida cotidiana. Los días comunes y corrientes son el tiempo en que transcurre lo que somos, hacemos y esperamos. Considerada como el tiempo de la inautenticidad, la cotidianidad ha sido menospreciada por nuestra sobrevaloración de lo eventual. En cambio en «Amores de fin de siglo» es en los días lentos y muy parecidos entre sí donde representamos el papel que se nos ha asignado en la vida. La cotidianidad es el tiempo que dura la obra que ejecutamos.

El centro de esta cotidianidad lo ocupan los conflictos afectivos de los hombres y de las mujeres. Pero, a diferencia de otras historias de afectos y pasiones, «Amores de fin de siglo» nos acerca a la intimidad que conoce de angustias y esperanzas, de anhelos y fracasos, y que busca motivos para seguir esperando.

El lenguaje que se habla en la telenovela es el lenguaje del corazón. Sus personajes consiguen expresar sus sentimientos sin caer en el sentimentalismo. Unos, afectados por la pobreza y la injusticia, viven empeñados en no dejarse deshumanizar por los mecanismos que los excluyen de la vida. Otros, desilusionados y desarraigados buscan una segunda oportunidad para seguir adelante más allá de los desencantos y los fracasos.

Este lenguaje desnuda los personajes, y al mismo tiempo nos dice que no son todo lo que parecen ser. Los enfrenta consigo mismos en los instantes de puro silencio, creando una fuerte atmósfera de intimidad. Un apartamento deshabitado y lleno de ilusiones desde siempre amenazadas. Las personas que en el pasmo del dolor hablan más con su silencio que con palabras. Los colores del atardecer como la única fiesta del día, y las personas que se quedan abrazadas a sus preguntas revelando la impotencia de no saber cómo hacer ni cómo seguir luchan-

do. Muchas veces la imagen es solo un rostro de dolor y de denuncia ante la injusticia, reclamo mudo bañado en lágrimas. Otras veces la tierna mirada que se resiste a desaparecer. Así una mujer herida que se acerca a la ventana dejando que la mirada se aleje buscando una respuesta, una señal, algo que la saque del naufragio en que se encuentra. Todas estas escenas revelan un gran trabajo por recrear la atmósfera profunda de los afectos más allá de los meros efectos.

EN CONTRA DEL MIEDO

Desde el principio este lenguaje de silencios y confesiones ha tratado de expresarnos en voz alta y delante de todos. Somos personas que a estas alturas del siglo agonizamos, nos debatimos, luchamos por liberarnos de las ataduras de tantos miedos que nos paralizan y nos impiden vivir a plenitud. Nuestros modos de amar y esperar, de celebrar y soñar, se debaten en fuertes contradicciones. El corazón anhela vivir a plena luz del día, pero se descubre derrotado en medio de la noche. La libertad busca superar miedos y se deja dominar por los sentimientos. Queremos actuar razonablemente y no vemos en qué sustentarnos para no atropellar a los demás. Nada parece asegurarnos la felicidad mientras que cualquier cosa nos borra la sonrisa.

El miedo es lo que hay que superar. La vida libre consiste en superar miedos. Las parejas, por ejemplo, muestran que el miedo a tomar una decisión puede reducirnos la vida. Por eso vemos a las distintas parejas tratando de superar lo que en el fondo de sus vidas es miedo a los convencionalismos sociales, al qué diran o a los más ocultos atavismos. Unos lo hacen como aventura no siempre consciente de los efectos negativos sobre los demás. Otros quieren dar los pasos necesarios dándose su tiempo. En los primeros, la lucha ha sido más contra la convención social que sobre el propio miedo. En los segundos, la lucha y la victoria han sido no tanto sobre las convenciones sociales sino sobre el miedo al amor. Mientras en unos los afectos se re-

Wilfredo González

sisten al orden, en otros, la conciencia de la fuerza de los afectos los mueve a la búsqueda de un cierto orden. Las relaciones humanas no tienen sentido mientras se vivan con miedo. Pero esa búsqueda de autoafirmación que está en el fondo de toda relación amorosa no es posible sin renunciar a la posesión del otro. En el amor se trata de un poder que se recibe al renunciar a él. Para vivir sin miedos hay que aceptar que el dolor y el sacrificio son parte de la vida. La victoria sobre los convencionalismos sociales no es suficiente.

OTRA VEZ EL LABERINTO

La realidad es que las parejas viven constantes desencuentros y encontronazos. Parece que han descuidado los afectos y, cuando ellos menos lo esperan, se ven atrapados entre lo que piensan y lo que sienten. Entre lo que planificaron y lo que afectiva y efectivamente viven. Muestran que vivir en pareja, por ejemplo, es la pregunta por la contundencia y profundidad del amor en nuestras vidas, la pregunta por nuestra decisión última de decir sí definitivamente. Y al mismo tiempo la constatación de lo difícil que es vivir ese sí en la cotidianidad.

En la novela no se puede evitar pensar en qué haría posible el encuentro definitivo. Todos los personajes se mueven según la lógica de sus estratos sociales. Cada uno tiene razones para explicar sus decisiones. La realización personal parece contraria a la entrega deliberada de sí mismo. La felicidad no se encuentra en la trascendencia. La razón y la libertad no hacen pareja. Al ver el desarrollo de sus vidas, los hombres y las mujeres parecen atrapados en el círculo de la propia lógica. Y, cuando parece posible salir del laberinto y hacer el propio camino, surge lo inesperado. La pared cerrando el camino. Y, entonces, ¿quién diseñó este laberinto?, ¿realmente podemos salir de él?

LA CIUDAD

Pero «Amores de fin de siglo» no se fija sólo en los silencios y en las confe-

siones de los sentimientos de las personas. También hay una mirada sobre la ciudad como el escenario donde se encuentran y desencuentran los distintos tiempos e historias. El taxista y el militar, el policía-comisario y el comerciante, el escritor y el sacerdote, la periodista y la prostituta, la chamo punk y el chamo «fantascador». Los amores que terminan y los que pudieran estar comenzando tienen lugar en la ciudad. Sin plaza e incommunicada, a pesar de sus innumerables calles y avenidas, la ciudad es de todos y de nadie.

En la ciudad los hombres y las mujeres padecen una gran incertidumbre. La vida en la ciudad de puertas para fuera está constantemente amenazada por la inseguridad social, y de puertas para adentro podemos estar viviendo con un escritor que comete sus crímenes como si se tratara de la elaboración de la trama de una novela. «Amores de fin de siglo» se mueve por una ciudad desigual y desarticulada como sus personajes.

Lo común a todos sus estratos sociales es un futuro incierto. La clase media desilusionada buscando un segundo aire. Redefiniendo sus modelos, sus valores y su desengaño petrolero. La clase popular entre bonachona y sentimental, cargando agua y bacilando en medio de las dificultades, hablando sabroso y caminando «zumbao». Por ahí, andando por la planta baja del bloque, se encuentra el cura. Un hombre joven que juega basquet y atiende a enfermos de Sida. La gente se le acerca para decirle lo que piensa sobre su predicación. Ezequiel parece estar contento en medio de la gente. Habla claro y sin pelos en la lengua, es cercano y libre, al mismo tiempo que es comprensivo y tierno siempre dispuesto a escuchar a la gente. Aunque no está del todo claro qué es lo que hace en el bloque, ese sacerdote sigue de cerca las buenas y las malas de las personas que viven allí esperando que esta ciudad algún día les sonría como Dios manda. Y que desean que el amor y la comprensión los sorprendan algún día más allá de los escepticismos de fin de siglo.

La cámara se desplaza por los aires para mostrarnos calles y avenidas atascadas de carros y gente que se cruza en las aceras sin conocerse. Toma los edificios del cualquier urbanización y los cerros color ladrillo que los rodean. La mirada quiere mostrarnos nuestros propios rincones. Para que nos encontremos caminando por una de esas calles o avenidas, o mirando pensativos por una de esas inmensas ventanas que son los cerros. La ciudad vista por un gran ojo nos descubre su ser, ensimismada, encerrada en pequeños sectores que se rozan o se rasguñan pero que no terminan de encontrarse. La ciudad vuelta pregunta por la posibilidad de comunicarnos realmente.

En estos tiempos la ciudad no es el lugar de la felicidad. Pero la ciudad sigue siendo el gran sueño de vida libre y desprejuiciada para los hombres y mujeres de fin de siglo. A pesar de las desilusiones y los rechazos, la obsesión persiste. La ciudad es el gran escenario de la representación de esa persistente obsesión. Los papeles están asignados. Algo está a punto de producirse ante nuestros ojos, y no sabemos qué es.

PENSANDO EN EL FINAL

Es cierto que esta telenovela comienza donde las otras terminan. El final feliz de la mayoría de las historias dejaba mucho que contar. Los relatos eran «lo mismo de siempre». Pero en «Amores de fin de siglo» lo que comienza a partir de ese final feliz es lo agri dulce de la vida, lo insospechado de nuestros afectos, la lucha por ser auténticamente felices. Ahora, esto que se nos relata permite preguntar si al finalizar la telenovela estaremos viendo algo nuevo. ¿Qué fin escogerá el escritor? Pienso que puede ser la oportunidad para decidir un final que funde un nuevo inicio. Un final que nos muestre que algo nuevo está comenzando. Que al final del siglo pueden nacer amores nuevos; o morir en el intento. ■

Wilfredo González es miembro del Consejo de Redacción de la Revista SIC